

Una Agenda con un nombre propio

Varias son las circunstancias literarias que han vuelto a dar actualidad al nombre de uno de los mayores poetas de toda la posguerra española: José Hierro. No porque el nombre del poeta se hubiese olvidado en absoluto, sino porque era proverbial su silencio poético desde la década de los años sesenta, en que publicó su *Libro de las Alucinaciones*¹.

Esas circunstancias, ocurridas en los últimos meses, han sido la reedición del libro *Alegría*², con el que obtuvo el Premio Adonais en 1947, la publicación de unos estudios agrupados con el título de *José Hierro*³ en la serie de Premios Nacionales de las Letras Españolas, patrocinada por el Ministerio de Cultura y la lectura y posterior edición de la tesis doctoral de Gonzalo Corona titulada *Realidad Vital y Realidad Poética de José Hierro*⁴.

La simple reedición de *Alegría* justificaría un amplio comentario sobre la personalidad literaria de José Hierro. Ese libro irradió, en los orígenes de su obra, un clima totalmente nuevo en la poesía española desde el soneto que le sirve de encabezamiento y cuyos primeros versos dicen:

Llegué por el dolor a la alegría.
Supe, por el dolor, que el alma, existe.
Por el dolor, allá en mi reino triste,
un misterioso sol amanecía.

Clima nuevo —decía—. Sorpresa y originalidad, conviene añadir. Porque en medio de todo el desastre de los años posteriores a la guerra civil, en una España todavía dolorida y rota, con sus heridas vivas y dolien-

tes, en contraste con las dificultades sociales y laborales de los perdedores, uno de ellos, José Hierro, levantaba sus versos sin rencor y no decía «odio», «venganza», «temor» o «frustración», sino, simplemente, gozo y fe de estar vivo y confianza de que esa vida, pese a todos los vientos en contra, podía hallar la plenitud del reto humano.

La reedición de un libro semejante, que descubría a un poeta poco publicado, era el augurio y el anticipo de una gran obra que, iniciada en ese mismo año con *Tierra sin Nosotros* tendría su continuidad en libros tan destacados como *Quinta del 42* (1953), *Estatuas Yacentes* (1955), *Cuanto Sé de Mí* (1957) y el ya mencionado *Libro de las Alucinaciones* que cerraba una obra en el momento de mayor credibilidad y esplendor.

El reconocimiento obtenido por José Hierro con su media docena de libros de poesía es, pese a constituir un corpus relativamente breve, del más alto nivel. Al Premio «Adonais» siguieron el «Premio de la Crítica» y el «Premio March» por *Cuanto Sé de Mí*, nuevamente el «Premio de la Crítica» por el *Libro de las Alucinaciones* y, con posterioridad, en compensación a toda su obra, el «Premio Príncipe de Asturias» en 1981 y el «Premio Nacional de las Letras» en 1990.

Suficiente para saber que nos encontramos ante un grande de las letras, si no bastaran sus propios poemas para decirnoslo.

No es extraño, por eso, que el segundo acontecimiento haya sido la reunión de un prestigioso grupo de críticos literarios que hayan aunado sus trabajos y esfuerzos para dar lugar a la edición del volumen *José Hierro* (Barcelona 1991) donde se repasan y sostienen, desde diversas perspectivas, algunas de las valoraciones más sugerentes que ha merecido la obra de este original y espléndido poeta.

Tras unos datos sobre su obra y su biografía, el también poeta Félix Grande publica una hermosa semblanza titulada «Alegría para un Gentilhombre» donde quedan, vivos y amanecidos, unos datos inéditos sobre José

¹ Libro de las Alucinaciones. Editora Nacional. Madrid 1964.

² Alegría. Col. El vaso de Berceo. Ed. Torremozas S.L. Madrid 1991.

³ VV.AA. José Hierro. Ed. Anthropos. Barcelona. Noviembre 1991.

⁴ Gonzalo Corona Marzol: Realidad Vital y Realidad Poética. (Poesía y poética de José Hierro). Ed. Prensas Universitarias. Zaragoza 1991.

Hierro que lo aureolan de una naturalidad que es en él proverbial. Íntimo de sus andanzas primerizas, Aurelio García Cantalapiedra nos relata unos «Apuntes para una Biografía Apasionada de José Hierro» que vienen ungidos del color y el candor de la primera juventud. Y esos dos artículos nos enmarcan, con su anécdota y su categoría, los aspectos más humanos, en su dimensión pública y privada, del personaje que anida, casi transparente de tan sencillo, en José Hierro.

Pero, naturalmente, en el libro se abordan otros aspectos críticos, como los componentes rítmicos de su obra en el artículo de Susana Cavallo: «Letra y Música a la vez: la canción amorosa de José Hierro». O el doble eje, de realidad y ensoñación, por el que transita su poesía y que es analizado por María del Pilar Palomo en su texto «Testimonio y Alucinación» o la ya clásica aportación de José Olivio Jiménez en su crítica al «Libro de las Alucinaciones»⁵ que fue, desde su primera publicación en 1964 un luminoso modo de aproximarse a esa lucidez que niega la realidad y es más verdadera que ella misma: los raptos ideales del poeta.

El libro va, además, acompañado de una iconografía —hecha de dibujos y fotos— que permite seguir la imagen de Hierro desde su juventud hasta la actualidad con un rostro lleno de personalidad y poder que es tan imborrable para quienes lo contemplan como la misma obra que ha salido de su desnuda frente.

Por su parte, la tesis de Gonzalo Corona supone una interesante visión de José Hierro como un poeta cuya vitalidad y entusiasmo trascienden los acontecimientos para trasladarse a los poemas. Lecturas, cultura, reflexión poética, ayudan a esa fuerza original y primigenia de la voz poética. Pero es en el raudal de su propia experiencia humana donde el poeta alcanza la motivación viva de su arte. Y de ahí esa trayectoria, sincera y reafirmada, desde la que descuella el cálido trasmundo de sus versos.

Pero aun siendo todos estos acontecimientos significativos —y motivo de un reciente homenaje imborrable de cuatro distintas fundaciones sociales, bajo la iniciativa de Pablo Beltrán de Heredia— sin duda, el más importante de los acontecimientos sucedidos es la publicación de *Agenda*⁶ como último hito en la culminación de la obra de José Hierro. Y esto no sólo por ser su último y muy esperado libro (ya que había dado de él algunas

versiones de las prosas de «Cinco Cabezas» y algunos de sus poemas sueltos) sino por contener, además, algunos de los más inolvidables e inspirados versos de la poesía contemporánea.

En sus *Reflexiones sobre mi Poesía*, José Hierro ha dejado escrito: «Para mí el poema ha de ser liso y claro como un espejo ante el que se sitúa el lector. Del lado de allá está el poeta, al que el lector ve cuando cree que se está mirando a sí mismo. Me importa que un poema mío sea recordado por el lector no como poema, sino como un momento de su propia vida»⁷. Pues bien: este propósito ha sido conseguido sin apelación posible por varios de los poemas de *Agenda* que se transforman, desde la experiencia del artista, en vida y entusiasmo, contemplación y posesión sensible, por parte del lector.

Para conseguirlo, Hierro no ha añadido ningún elemento nuevo a su poesía tradicional, pero sí una depuración excelsa de sus procedimientos.

Quizás el mejor modo de explicarlo consista en decir que la poesía de José Hierro nunca ha pretendido ser literatura culta en el sentido elitista del término. La inmensa minoría tienen en él mucho más de inmensa que de minoría. Por eso las claves líricas de sus reportajes o sus alucinaciones no se someten a otro dictado que el de su emoción. Y es mucho más fácil trasladar esos elementos emotivos al lector cuando nacen de una fuente de calor tan perceptible como la que el poeta sabe dar a su propia palabra.

Hay, por eso, en *Agenda* varios poemas que, aun remitiéndonos a personajes históricos o situaciones culturales, no nos molestan en absoluto —como nos resulta pedante y, a veces, insoportable, el supuesto culturalismo de los «novísimos»— sino que los vemos encarnados en la misma vida del autor como parte entrañable de su sabiduría y de su ser.

Esto sucede, por poner dos inmejorables ejemplos, con el poema «Brahms, Clara, Schumann» o el dedicado a «Chopin y George Sand en Mallorca». Lo que podrían haber sido insufribles digresiones para mostrar conoci-

⁵ José Olivio Jiménez: *Cinco Poetas del Tiempo*. Ed. Insula. Madrid 1964. Segunda edición aumentada 1973.

⁶ José Hierro: *Agenda*. Ed. Prensa de la Ciudad. Madrid 1991.

⁷ José Hierro: *Reflexiones sobre mi Poesía*. Conferencia pronunciada en la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado «Santa María». Universidad Autónoma. Madrid 1983. pág. 21.

mientos inéditos o sensibilidades exquisitas se convierte, en el primer poema de José Hierro en una emotiva declaración de su fascinado recorrer por la música, por la pasión, por el amor oculto. Y en el segundo, con más sencillez aún, en un homenaje a una isla desde la mirada interior de unos protagonistas que sienten un sombrío presagio al contemplarla.

Esta diferencia entre una visión culturalista de las actuales generaciones y otra animica e interiorizada de José Hierro ha sido reseñada también por Gonzalo Corona en un reciente artículo en la revista *Ínsula*, donde dice: «Los poemas de *Agenda* están en la línea de su *Libro de las Alucinaciones*, pero ya no son exactamente lo mismo. Lo superan precisamente gracias a la naturaleza de las circunstancias vitales de las que han nacido. La «perspectiva interior» que domina en las alucinaciones se compensa y enriquece con la motivación exterior (el mal llamado «culturalismo») produciendo, por un lado, una mayor plasticidad en la expresión y, por otro, una nueva objetivación, distinta de la que ofrecía el «reportaje», lo que hace de *Agenda* un libro diferente de todos los anteriores»⁸.

Por eso, si Hierro habla —como hiciera Bécquer en su prólogo a «La Soledad» de Augusto Ferrán— de su fascinación por la poesía seca y desnuda, debemos entender que no está haciendo con ello la alabanza de la poesía inmediata —sentimental o poco elaborada— sino de la poesía como verdad entrañable, sean cuales fueren los niveles de cultura y complejidad sensible que con ella se alcancen.

Como proximidad a la historia colectiva, *Agenda* ofrece una estética de meditaciones sobre sus personajes que han marcado el pasado inmediato, como en el texto «Una nube para Pablo Iglesias» o en el poema «Don Antonio Machado tacha en su agenda un número de teléfono». Pero la veracidad, casi de crónica, del primer personaje, referida al conocimiento que de él tuvieron sus biógrafos, se personaliza al relatarla Hierro desde un estado emocional que se nos hace visible al final de su exposición: «Esta nube tenía lugar en el año —no estoy muy seguro, y no me apetece consultarlo— 1941, en la prisión Porlier de Madrid, cuarta galería»⁹. En cuanto al poema de Machado, la desmemoria misma del número telefónico deja entrever, bajo los nombres de Leonor y Guiomar, olvidos y confusiones, situaciones personales

sentidas y desvanecidas bajo el peso mismo de los años, hasta que el silencio —hecho número 0— las disperse en la nada.

Es *Agenda* un libro que no desdeña lo aprendido en etapas anteriores. Ni siquiera el uso de las formas más clásicas, como el soneto en «Don Quijote trasterrado» o el romance en verso libre «La casa» que cierra el poemario. Pero con todo su bagaje a cuestas, sigue siendo cierto el hecho de que el poeta ha evolucionado desde su estética social —o vía iniciática de su obra literaria— al irracionalismo de las alucinaciones y de éste al encuentro y fusión con los reportajes bajo «concepciones y prácticas que significaron su rebasamiento y superación»¹⁰.

Ahora, bien asentado en un conocimiento de la poesía que es fruto, por igual, de la práctica y de la reflexión, José Hierro regresa al don creador con toda su memoria trastocada en imágenes, revertida en otros seres, asimilada en máscaras y sueños, encarnada en palabras de imposible retorno a lo más lacerante y exaltante del palpitar antiguo.

Bellísimos, algunos de los poemas, como el titulado «Prólogo con libélulas y gusanos de seda», nos dejan la comunión casi inasible con algo que, aun palpado, se vuelve pelusilla, moho, humo, —«apariencia de vida» dice el poeta— para desaparecer imperceptiblemente detrás de las palabras que lo nombran.

Y queda, como siempre, la antigua magia, el sortilegio de las simulaciones, los reencuentros, las dobleces y caracterizaciones, las superposiciones de personalidad —como en el poema «El Niño»— y la grandeza de la evocación sonora, tan querida a un José Hierro propenso al entusiasmo musical, como en el poema «Doble Concierto».

Breves o largos, en lírico verso o en «román paladino», los textos de *Agenda* se apoderan de nosotros como evocación de la existencia o como reflexión sobre otras existencias que son también, por fusión cultural y simpatía animica, la nuestra propia.

El poeta colectivo y personal que siempre ha sido Hie-

⁸ Gonzalo Corona: «Con *Agenda* de José Hierro». Rev. *Ínsula*, n.º 541. Madrid. Enero 1992.

⁹ «Una nube para Pablo Iglesias». En *Agenda*, pág. 59.

¹⁰ José Olivio Jiménez: en *José Hierro Antología Poética*. Alianza Ed. Madrid 1990, pág. 9.